

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547. — Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana a 4 tarde

SUMARIO

CARAS BONITAS

ANTONIO DE LEZAMA

Sección vermouth.

EDUARDO ZAMACOIS

Lo pasado.

NUESTROS ARTISTAS

Y LA GUERRA

Elvira Ferrero.

EDUARDO BEAUFILS

Una boda á medias.

FLORENCIO BELLO

Gemas.

CATULO MENDES

Uno de tantos.

TOVAR, PACO MATEOS

y OTELO

Varios dibujos y retratos de

Carmen Ibáñez y The Antonelli.



CARMEN IBÁÑEZ

5 cénts.

Bella y popular cupletista, cuyos éxitos en el Teatro Madrileño la han hecho eternizarse en el cartel de ese coliseo. ¡Qué lindarajita es la tal Carmen!

SECCION VERMOUTH

Triunfos del feminismo

La triunfal marcha de la mujer es innegable é incontrastable. Vence en la paz con el mágico poder de sus hechizos, se hace adorar en las actuales tristísimas circunstancias gracias á su inagotable caridad y muy pronto se cubrirá de gloria y conquistará marciales laureles en la guerra.

El gobierno de una nación beligerante, creo que el ruso, ha autorizado á una linda aviadora para que preste sus servicios aéreos en el frente de batalla.

Como aficionado á la aeronáutica, á la que debo muy gratas emociones, tal cual disgusto, no pocos quebrantos monetarios y alguna que otra cuestión personal, me parece de perlas la decisión de la valero-

sa sportwoman y el acuerdo del Gabinete moscovita.

Permitir á una gentil aviadora que se eleve en un aparato hasta las nubes, que avance hacia el campo enemigo y que sobre éste lance una docena de bombas explosivas, es un acierto, porque la audacia femenina es aún mayor que la del hombre en todo momento, pero...

¿Nació la mujer para destruir?

Yo opino, lectoras y lectores, —¿tengo go alguno?— que el fin del bello sexo no es, ni con mucho, el exterminio, y que desde la señora de Adán hasta nuestros días, la primordial misión de la hembra, lo que fundamentalmente le diferencia del hombre, es que ha nacido, vive y se desarrolla para la propagación de la especie: que la divina ánfora de sus caderas fué hecha para molde de las nuevas generaciones; y las morbideces de su seno para atesorar en ellas el néctar que da alimento y vida á nuestros primeros días.

Pero, ¿qué hemos de hacerle? Entre los privilegios del sexo llamado, con tan notoria injusticia, fuerte, figura el morir de amor por Eva —ora Inocente, ora Pecadora—, languidecer en sus brazos como una sensitiva, defenderla contra todos como el avaro defiende su tesoro, y, una vez conquistada, rendirse á sus encantos y capitular apenas iniciados los escarceos amorosos.

Sólo nos faltaba recibir de ella la muerte. ¡Pobrecitos hombres! Venus nos ha dejado de su mano, y tras de que con harta frecuencia nos jugamos la vida por la mujer, se encargarán, las indinas, de acortárnosla, sin pensar en que desde Confucio hasta nuestros días, el supremo ideal femenino está en lo contrario para que se deslice plácida y dulce los muchos ó pocos años que Dios nuestro Señor se haya servido marcarnos en el Libro de la Vida.

ANTONIO DE LEZAMA

ESPIONAJE PACIFICO



—Si supiese que no se revolvia, la había dar con las narices en el suelo ¡por curiosona!

Lea usted "TEATROS Y SALONES,"

LO PASADO

A VANZABAN poco á poco, deteniéndose á cada momento, observándose con impertinente fijeza, como registrándose mutuamente el cráneo con los ojos.

—Confíesamelo todo — murmuraba Enrique—, aún hay más, mucho más de lo que dices. Habla...

—No —repuso ella con entereza— lo sabes todo... Puedes estar seguro de que no miento. Primero quise á Ramón; Ramón fué el primero... Luego conocí á Ricardo y á Pablo... Después á ti.

—¿A mí?... ¿No me engañas, Pilar, como otras veces?...

La miraba receloso, admirado de haberla conocido tan pronto, pareciéndole que la historia de aquella mujer, á despecho de sus errores abominables, era demasiado corta.

Aquellas conversaciones fueron dolorosas; Pilar no quería confesarse. Habló vagamente de Ramón, el primer hombre que se atrevió á poner mano en ella; otro día, sorprendida en un momento de debilidad, habló de Ricardo, su segundo amante. Y luego de Pablo, un estudiante de Derecho, entre cuyos brazos se abandonó sin lucha, por vengarse de una amiga...

Desde aquel momento los celos de Enrique ya no tuvieron límite; dudaba de todo y el pasado le perseguía continuamente con esa pertinacia enloquecedora de las obsesiones ineluctables. La joven batallaba por tranquilizarle, aunque inútilmente.

—Tus esfuerzos son vanos —exclamaba él—; me has engañado tantas veces, que ahora, ni aun con la verdad puedes convencerme...

Hablando así la cogía por las manos, mirándola fijamente á los ojos, procurando descubrir en ellos el fondo de su ladino corazón de pecadora. Después la rechazaba

CARNAVALESICAS



—Vamos, Prudencia, que no andas y vas á dar al traste con mis planes.

—Pues cualquiera diría que el que iba á dar al traste eras tú.

bruscamente, dejando caer los brazos con abatimiento, murmurando desesperado:

—¡Imposible, imposible!...

Ella bajaba los ojos pensando en Carlos, el querido de su alma, el único hombre de quien nunca se hubiese atrevido á hablar...

Aquella tarde Pilar y Enrique salieron del pueblecillo, dirigiéndose hacia la playa. Ella llevaba un trajecillo claro y un elegante sombrero adornado con plumas blancas; iba alegre, parladora, riendo con ese aire ingenuo que nunca pierden las

LA ACTUALIDAD OBRERA



—Te digo «Udosia» que yo, de casarme con «ti», tié que ser por lo civil.
—¡Me cargan á mí los civiles!
—También á mí; pero... ¡qué le vamos á hacer!

pecadoras innatas: él caminaba pensativo, con el entrecejo y los labios contraídos por una sorda cólera, mirando al suelo obstinadamente, devanando, como siempre, la maraña inextricable de sus celos.

Caminaban lentamente, encaminándose hacia unos acantilados contra los cuales las olas encrespadas se estrellaban con ensordecedor clamoreo. Al frente se veía el mar, ofreciendo su horizonte siempre verde, salpicado de velitas blancas; en occidente, rasando la cresta de algunos lejanos cerros sembrados de pinares, aparecía el sol, declinando majestuosamente entre un grupo de nubes teñidas de rojo: el aire era fresco; bajo la serena bóveda azul del cielo se recortaba el pueblecillo con su sencilla iglesia y sus casitas revocadas de blanco. Enrique y Pilar se detuvieron junto á los peñascales de la costa, casi al mismo borde del precipicio, tomando asiento sobre la arena.

—Por última vez —murmuró él—, dime

la verdad... Habla... y arráncame esta duda que me corroe el corazón.

Ella hizo un gesto desdenoso, frío y lancinante.

—¡Siempre lo mismo! —exclamó.

—¡Oh!... nada te hubiera dicho si anoche... no te hubiese oído balbucear frases extrañas...

—¿Extrañas?...

—Sí —repitió Enrique—: frases extrañas, frases cariñosas, dirigidas no sé á quién...

—¡Eso ya es demasiado! —interrumpió ella con arrebató —: eres un visionario insostenible: no te basta quebrantar todos mis deseos, ni contradecir mis menores caprichos, sino que hasta en sueños me persigues, complaciéndote en cimentar sobre una palabra cualquiera un caramillo de ofensivas suposiciones...

—Te quiero mucho...

—Sí, seguramente... pero tu cariño es peor que un odio... Te juro que para vivir así, es preferible que nos separemos...

El, de un salto, se había puesto de pie; sus ojos chispeaban.

CHIQUILLADAS



—¡Pero de dónde t'habrás escapao mala hembra, que has salio tan perra!

—¡Ay, no me pegue usted, madre, que yo tampoco lo sé!

—¿Qué dices? —gritó—: ¿hablas de separarnos? ¿Es posible? ¿Cabe en tu cabeza que yo pueda vivir sin ti?

Y hablando así agitaba sus brazos en el aire, con los puños crispados, como amenazando al espacio, y mirando al mar con expresión siniestra.

—¿Qué deseas de mí?
—preguntó Pilar levantándose inquieta.

—Una confesión terminante, completa... de todos tus errores —exclamó Enrique; dices que primero conociste á Ramón, luego á Ricardo, después á Pablo... ¿y después?...

—A ti.

—¡Mientes!

—No, no miento, digo verdad, lo juro.

El la miró con ojos poderosos, capaces de hacer parpadear á una esfinje; pero ella sostuvo valerosamente la mirada.

—¡Mientes, mientes! —rugió el joven mesándose el cabello—; una voz me dice que no eres leal... Apíadate de mí, habla... advierte que por grandes que sean tus torpezas, nunca serán tan numerosas, ni tan mayúsculas, como las que mi amor y mis celos imaginan... ¡Habla, Pilar, habla por Dios! Continuamente pienso en que esos ojos, que son mi embeleso, sirvieron de espejo á otros hombres, que tus labios han besado otros labios, que otras manos han acariciado tu cuerpo. Dime, Pilar, dime el nombre de los que llegaron á ti... y concédeme, si quiere, el consuelo de poderles odiar uno á uno... Dime cómo eran, dónde les conociste, confésalo todo... y concluya de una vez este tormento inacabable...

La tenía cogida por las manos, sacudiéndola violentamente.

—Si no hablas —añadió exasperado— te mato.

Pilar dió un grito.

—Si, te mato —repitió Enrique con voz ahogada—; esta lucha tiene que concluir con tu vida ó con la mía.

Guiado por esa doble vista que ilumina á los humanos en los momentos supremos, agregó:

—Yo sé que hay en la sombra otro amante, el preferido, aquél que tú no puedes olvidar... y cuyo nombre necesito escuchar

MATERIALISMO



—Anda, prenda, que una botellita para los dos no te hará daño.

—No, si las botellas no nos hacen daño, al contrario; pero el vino sí.

inmediatamente de tus labios. Habla...

—¡No, no!...

—Si, hay uno; mi corazón, que nunca se engaña, está diciéndomelo... ¡Habla!...

Ella resistía.

—¡Habla, ó te mato!...

Diciendo así, la cogió violentamente por el cuello, arrastrándola hacia el abismo. El presente moría á manos del pasado.

—¡Te mato, te mato! —repetía.

Pilar sintió que los dedos de su amante, semejantes á garfios de acero, desgarran

AMENAZAS JUDICIALES



—Paquita, usted se decidirá; pero no olvide que mañana llegará la cita del procurador.

—¡Bah! ¡Como si no estuviésemos acostumbradas á las citas!

ban su cuello, se vió arrastrada hacia el precipicio y tuvo miedo.

—¡Suéltame!— dijo.

Hubo un instante de lucha: la joven se defendía, encogiéndose sobre sí misma, arqueando las caderas, empujando hacia atrás; pero él, fuera de sí, la arrastraba á la muerte, barbotando palabras ininteligibles, rechinando los dientes... Y en momento tan decisivo Pilar habló, dejando escapar aquel secreto que tantas veces había jurado no descubrir á ningún hombre.

—¡Carlos, Carlos... Carlos!...

Lo dijo inconscientemente, repitiendo aquel nombre querido, en virtud de ese sentimiento espontáneo que mueve á las vírgenes á invocar el nombre de su madre en el instante doloroso de la violación...

—¡Carlos, Carlos!...

—¡Por fin!... —murmuró Enrique.

Y loco de celos, cual si realmente tuvie-

se entre los brazos á un rival odiado, asíó á Pilar por la cintura y con un último esfuerzo la arrojó al abismo, en cuyo fondo las olas batallaban con imponente clamoreo. Ella cayó de rodillas, buscando desesperadamente un punto firme á donde asirse, pero sus manos sólo encontraron débiles hierbajos, luego resbaló, su cabeza ensangrentada chocó contra una piedra y giró hacia atrás, retorciéndose sobre sí misma, con la epiléptica convulsión de un polichinela fúnebre.

Enrique reculó algunos pasos tambaleándose...

En la oquedad infinita del mar, dominando el fragor de las olas, bajo la bóveda inmensa del cielo iluminado por los rayos poientes del sol que moría sepultándose en un mar de sangre, resonó una voz sobrehumana de agonizante, que repetía:

—¡Asesino, asesino!...

EDUARDO ZAMACOIS

DEL AMOR DOMESTICO



—Suéltame, Ceferino, que tengo que hacer la limpieza.

—Pero, tontina, si yo no deseo otra cosa. ¡Con lo aseado que yo soy!

Lea usted "Teatros y Salones,"



Nuestros artistas y la guerra.

A DELANTE, muchachos!
No es precisamente un coronel quien nos arenga; se trata, ni más ni menos, que de un «sargento» exornado con luengo bigote, y que, además de las labores propias de su sexo, ejerce de ama de llaves en la coquetona casita de Elvira Ferrero.

El «sargento», que atiende por «Cequela», procede de Asturias, en alguna de cuyas selvas vírgenes fué cazada por la gentil canzonetista.

—¿Y la señorita?

—Aguarden ustés, si les conviene. Si no, se van.

Lo dicho, que fué cazada á lazo en la selva virgen, y que, de duciendo por sus escasos encantos femeninos, seguramente está la tal ama como la selva.

Pero ¡oh fuerza del contraste! —que diría un concejal de la Comisión de pesas y medidas—, en dos palabras nos hace olvidar su linda amita, que acaba de irrumpir en la estancia, las groseras indicaciones de «Cequela».

Elvira Ferrero es la quinta esencia de la amabilidad.

—Siéntense ustedes. Cúbranse. ¿Quiéren ustedes una copita de Jerez? ¿Les hacen unas patatas fritas?... ¡Perdonen ustedes; pero ésta no sabe hacer otra cosa!...

—No; nos «hacen», señorita. Muchas gracias.



Elvira Ferrero.

En la carita redonda —media onza parece— de la afable cupletista, se dibuja un gracioso mohín, que se nos antoja una invitación á que expongamos el objeto de nuestra visita.

—Como perjudicarme, no me ha perjudicado la guerra —replica tan pronto formulamos la pregunta de rigor—; pero si no me ha originado perjuicios materiales, en cambio, moralmente he sentido muchísimo el conflicto.

—¿...?

—¡Cál! En la vida me enamoré de un extranjero. Desde el punto de vista, sin cuidado me tendría que franceses, alemanes, rusos y cipayos se rompiesen la crisma.

No. ¡No es por ahí! —prosigue la popular Elvira—. Estoy impre-

sionada, verán ustedes por qué. Desde el mes de Agosto tengo en preparación un «pot-pourrit» del maestro Aroca, y en el cual el estupendo músico ha combinado los aires asturianos con los acordados de unos cuantos pasodobles militares.

Claro está que para interpretar ese número, necesitaba yo un traje de «soldado» que, por consejo de mi modista, iba á ser de mecánica.

¿Se explican ustedes ahora mi dolor íntimo?

—La verdad, todavía no nos lo explicamos.

—Pues cuando palmeaba de alegría ante la idea de un gran triunfo artístico y soñaba viéndome ya vestida con el traje de mecánica, leo en la prensa que de la tierra europea saldrá notablemente deterioradas las aplicaciones de la ciencia moderna, la Química y la Mecánica.

¡Comprenderán ustedes que no era cosa de comprar la mecánica deteriorada para mi traje!...

Y sin que pudiésemos soltar la carcajada, entró «Cequiela», escoba en mano, y sin el debido respeto expuso la inminente necesidad de barrer la habitación.

Elvirita se deshizo en excusas para disculpar la torpeza de su iconoclasta ama de llaves...

Próximamente,

Un día y una noche en Londres
por Prudencio Iglesias Hermida



El clown.—¡Vaya, vaya, no voy á tener más remedio que tocarme

Una boda á medias.

La fragata *Bella Elotsa* esperaba al amanecer de una hermosa mañana de Marzo para desplegar su velamen y hacer rumbo hacia las costas de Terranova.

Todo á bordo estaba dispuesto, cuando, con gran asombro de la tripulación, vieron atracar al costado del barco una canoa y subir á bordo, entre dos guardias, un nuevo pasajero de extraña catadura. Iba vestido, al parecer, de día de fiesta: camisa planchada y reluciente, corbata blanca, terno negro casi nuevo, zapatos de charol y sombrero hongo, sin duda recién estre-

REEN EN CARNAVAL



ocarme las de Villadiego.

nado. Contrastaba su aspecto pulcro y casi elegante con el desaliño y suciedad de todos los marinos, con sus pintorescas boinas, los pies descalzos, sus barbas desaliñadas é incultas y sus roídos trajes, á los que el sol, la lluvia y el agua del mar habían robado color y forma.

Menudearon las bromas de popa á proa con la llegada del nuevo mozo:

—¡Vaya un señorito que nos manda la compañía!

—¿De dónde habrá salido este príjimo?

—Es que irá á casarse, ó vendrá ahora de la boda.

Cesó la murmuración con la llegada del

capitán de la fragata, que se dirigió á los guardias.

—Capitán —le dijo uno de ellos—, aquí traemos al llamado Nicolás Maria Petín, alisado como marinero de este departamento, y que ayer faltó á la lista de á bordo.

—¿Nicolás Petín? —repuso el capitán.— Petín... Petín... ¿el contratado con la casa armadora para la campaña de primavera? Se equivocan ustedes, sin duda: Petín tiene toda la barba negra y áspera, y este hombre apenas si tiene bigote. Además, ¿qué significa este traje de fiesta? Yo no he visto á Petín vestido así nunca.

—Capitán, fijese usted bien en él. Es Petín; el mismo que usted reclamó ayer, que firmó su compromiso de embarque, y que, si no quiere ir á la cárcel, tiene que cumplir u compromiso á bordo. ¿Sabe usted dónde le hemos echado el guante al muy tuno? Pues en la comida de boda: acababa de casarse, y, como usted ve, se ha desfigurado.

Una explosión de risa acogió estas declaraciones del guardia; risa estrepitosa y general en la que hasta el mismo Petín tomó parte, como si la aventura no fuese para él muy desagradable. Terminada su misión, bajaron los guardias á la canoa, con todas las solemnidades propias del caso, para regresar á tierra.

—Oye, Nicolás, ¿y tú mujer, dónde la dejas? ¿Sabes que estará divertida á estas horas?

Y por este estilo iban soltándole al pobre mozo cuchufletas y puyas, hasta que el capitán, dirigiéndose á él, le dijo gravemente:

—¿Quién te ha mandado casarte ahora que tenías obligación de embarcar para la campaña de primavera? ¡Vaya una idea la tuya! A poco más faltas á tu compromiso, y te hubieras divertido si caes en manos de la justicia y te ponen á la sombra, ¿eh?

Efectivamente, las leyes navales son en este punto muy severas con los alistados. Una vez firmado el compromiso de embarcar con la casa armadora, quedan sujetos durante los seis meses que dura la pesca; y si alguno falta á la hora de zarpar el barco, es llevado á los tribunales. Con este objeto la policia vigila activamente y tiene la misi3n de embarcar, de grado 3 por

fuerza, á los que est3n alistados. Cada a3o se renuevan en los puertos de salida las mismas escenas, c3micas unas, dram3ticas otras, de los pobres enganchados, que se resisten á embarcar, sea porque a3n les dura el recuerdo de su casa. sea porque no se dan cuenta de su situaci3n entre los vapores del vino con que distraen sus ocios, queriendo olvidar aquello de que «marcharse, casi es morirse.» Pero nuestro c3lebre Pet3n no pertenec3a á ninguna de estas dos clases. Algo fil3sofo sin duda, resign3se f3cilmente á dejar la costa aquel d3a, confiando en que en Diciembre volver3a á verla otra vez. A pesar del fest3n de su boda, no se le subi3 el vino á la cabeza, y conservaba el sentido de la realidad.

—Capit3n —contest3 muy serenamente y due3o por completo de s3 mismo—, es verdad que ayer me cas3. y soy dichoso. Una cosa, sin embargo, me apena, y es el no haber podido pasar con mi mujer la primera noche. Le juro á usted que yo mismo, espont3neamente, me hubiese presentado hoy á bordo de la *Bella Eloisa*. La policia me prendi3 por la tarde, y á pesar de mis ruegos y protestas, me encerr3 toda la noche sin querer creer en mis palabras, y hoy me han tra3do á bordo como un desertor. ¡Bueno! Lo siento por m3 y por mi mujer; pero, en fin, lo mismo da, celebraremos nuestra noche de boda en Diciembre, cuando regrese de la campaa de pesca.

—¡Bah! —repuso el capit3n—; tu mujer debe darte las gracias por el favor: ¿no sab3a que estabas alistado para Terra-nova?

—No, se3or; ni ella ni ninguno de los parientes sab3a nada; si lo hubiesen sabido, con seguridad que me hubiesen dicho: «Cuando vengas de la pesca, te casar3s.» Pero yo ten3a inter3s en casarme, porque

LA PIEDAD POR LOS SUELOS



Sin que podamos explicarnos la causa, el mi3rcoles de Ceniza se agruparon numerosos transeuntes al rededor del Monte de Piedad.

LA CARA ES LO DE MENOS



- Señorita, no puedo negar que soy un burro.
 —Sí; pero ¡velay! no tiene usted de burro más que la cara...

no estaba seguro de que ella no me olvidase en tanto tiempo y me la encontrase al volver casada con alguno de los zánganos del pueblo que la cortejan. Pensando ésto, me callé, y, ya lo ve usted: ayer nos casamos. No es culpa mía no haberlo hecho antes; pero ¿qué quiere usted? Lo triste es pensar que habiendo sido ayer la

boda, esos bribones de guardias no nos han dejado pasar siquiera una mala noche de novios.

—¿Y cómo ha tomado la cosa tu gente?
 —le preguntó el capitán con verdadera curiosidad.

—Pues, como comprenderá usted, no muy á gusto. Como supondrá, estábamos

cantando y bebiendo alegremente: yo tenía abrazada á mi novia, cuando se presentaron los guardias. Después fué preciso resignarse y dejarme marchar detenido, acabando por consolarse. En cuanto á mi mujer, creo que, después de todo, está sa-

DE NUESTRO CONCURSO



The-Antonelli

Notabilísima pareja de baile que ganó el segundo premio en el concurso de tango argentino del baile de LA HOJA DE PARRA. Los triunfos alcanzados posteriormente por estos artistas, les han dado fama de los «Kaisers» del tango ¡Cómo bailan, señores!

tisfecha pensando en que, si oculté la verdad, ha sido para hacerla mi mujer más pronto.

La tripulación de la *Bella Eloísa* rió y aplaudió esta salida, y hasta el mismo capitán, reflexionando en la volubilidad de las mujeres, reconoció que Petín había obrado cuerdamente acelerando su matrimonio.

A todo esto, el Nordeste empezó á soplar, y el capitán, viendo levar otros barcos que, como el suyo, se dirigían á las pesquerías de Terranova, mandó largar el aparejo.

Bien pronto la *Bella Eloísa*, dando al viento todas sus blancas velas, surcaba las rizadas aguas del Océano.

La tripulación, encaramada sobre las vergas, ejecutaba con precisión y habilidad las órdenes del capitán.

En cuanto á nuestro buen Petín, con su reluciente camisa, su corbata blanca, su flamante traje negro y sus brillantes zapatos de charol, montado sobre una de las vergas de mesana, ayudaba á la maniobra lamentando que la picara policía no le hubiese dejado demostrar á su mujer que él era todo un hombre.

EDUARDO BEAUFILS

GEMAS

Preguntas, inocente, por qué huyo y evito si te veo el encontrarte.
Pregúntale á la abeja por qué pasa frente á la flor libada sin pararse.

Permite que te diga que es locura soñar amores puros siendo impura.

Mujer delgada,
mujer apasionada.

Las mujeres más fuertes en amar son las que más se tarda en conquistar.

No debes de esquivar hacer alarde si escuchas un «te quiero».
Tampoco contestar «pa luego es tarde».
Límitate á decir:—Aquí te espero.

Hembra que ciega
á ser pródiga llega.

Hay un ¡ay! que jamás mujer olvida, porque sólo una vez lo da en su vida.

¡Mire usted que es extraño!
Desean con delirio, lo que saben que les hace más daño.

Pienso al verte vestir tan ajustada, si tu gusto será no vestir nada.

Ni un día pasará sin que me asombre de ver lo poco bruto que es el hombre.

FLORENCIO BELLO

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

Uno de tantos. Llegó a su casa nervioso, febril, dudó un momento acerca del partido que tomaría, y luego se precipitó sobre la mesa, cogió la pluma y comenzó a escribir encorajinado y rabioso: sí, lleno de rabia. No había duda; la mujer que adoraba había sido durante aquella noche la más perversa, la más abominable de las coquetas: ¡ah, y cómo se abandonaba ella entre los brazos de sus parejas de baile! ¡Con qué languidez inclinaba el rostro hacia ellos!... E inmediatamente comenzó a escribir estas frases vengativas:

«Ni siquiera la odio á usted, señora, porque la desprecio. No solamente no me queda ni un resto de amor, sino que ni colera siento. Voy á retratarla tal cual es: falsa, mentirosa, pérfida, digna de todos los des-

denes; y si acaso, por una imprudente superchería más, osase usted ensayar una justificación, no la escucharé...»

Se interrumpió y quedó pensativo: si ella tratase de justificarse, estaba seguro de no atenderla aunque se arrastrase de hinojos. Esta parte de la carta estaba bien, pero el principio no le satisfacía completamente, porque ni aun á las mujeres despreciables se las debe vajar y afrentar: es preciso ser siempre galantes con ellas.

Cogió otra hoja de papel, y escribió:

«La odio á usted, señora, la odio, y si pretendiera usted justificarse, yo, en mi resentimiento legítimo, con mis propias manos»...

Se interrumpió nuevamente y pensó que esta vez había ido demasiado lejos. Se puede abominar á una mujer, y decir que se

¡NO CABE DUDA!



—Si lo de menos es el disfraz, porque con un dominó ya estamos listas; pero si nos llevas á la Blanca y á mí no vas á saber con cuál quedarte.

—Mujer, si vais de dominó, me quedaré con la Blanca.

SITUACIÓN EMBARAZOSA



—Cada día te haces más la interesante.
—¡Si te parece que no tengo motivos!

la abomina, pero no amenazarla de un modo brutal: estaba ciego de coraje.

Quizá convendría insistir menos, en aquello de la cólera. Tomó otra hoja de papel, y escribió:

«¡La odiaría á usted, si no la hubiese amado tanto! El respeto y el recuerdo de mi amor—que ya, gracias á Dios, no existe—la redime de mi furia; pero si intentase acercarse á mí, inventando alguna justificación, yo la volvería tranquilamente las espaldas.»

¡¡Pchs! Así está bien.

—He aquí una carta sin énfasis y digna: bien claro se manifiesta en ella, sin ofensas y sin cólera, la resolución firme de mi corazón, insensible para siempre á su amor... Entonces le asaltó un escrúpulo. ¿Qué necesidad hay de hablar de tranquilidad y de indiferencia? ¡La he jurado tantas veces que la amaba! ¿No tendrá ella razón de acusarme de traición al oírme declarar que he olvidado tan fácilmente su amor? ¿No tendrá derecho á decirme que soy digno de su infidelidad? ¿Con qué razón, dirá ella, me exigías fortaleza, cuando tan fácilmente olvidas?

Meditó largo rato, y cogiendo otra hoja de papel, escribió:

«La he amado á usted tanto, señora, que no puedo dejar de amarla sin pena: si usted trataba de justificar su conducta, yo no escucharía sus palabras aunque mi negativa me causase una terrible tristeza.»

¡Bien!... Y, ¿por qué no había de escucharla? ¿Acaso los jueces se portan así con los reos? ¿Por qué he ser yo más severo? ¿Y si fuese inocente?... Las faltas que ella ha cometido, quizá no sean tan graves como yo pienso, y tal vez puedan ser excusables. ¡Oh! Yo no perdonaré jamás, pero seré humano, generoso; en una palabra, digno de mí. No; no negaré á la desdichada la posibilidad de atenuar su falta, de defenderse y de disminuir la pena.

Cogió otra hoja de papel y escribió:

«Tanto la he amado, señora, tanto tiempo ha sido usted para mí fiel y amante, que no puedo creer que sea usted irremisiblemente traidora. ¡Venga, venga usted, y procure justificarse! Pruebe usted á con-

MIRANDO AL PORVENIR



—¡Qué felices seríamos usted y yo, Marquita, con tanto dinero como tengo! A nosotros no nos apuraría tener un niño; también sería feliz ..

—Claro. ¡Como que sería el niño de la bola!...

vencerme de que me he equivocado... y que he juzgado por las apariencias...»

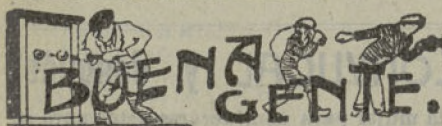
Entonces tiró la pluma. Si ella leyese estas líneas, no vendría nunca; él la conocía: era orgullosa é impenitente, y sobre todo, cuando mandaba y vencía.

Ella no respondería; todo habría concluido; él no tornaría á ver sus queridos ojos resplandecientes de hipocresía, ni sus deliciosos labios rojos, donde florece la mentira.

Todo su cuerpo se estremeció: se cogió la cabeza con las dos manos; su corazón se hinchó, y tuvo ganas de llorar... Sobre la mesa solo quedaba una hoja de papel: la cogió, y escribió febrilmente:

«¡Te amo! ¡Te adoro! ¿De qué tienes que justificarte si no eres culpable? ¡No es verdad, no, que te abandonases en los brazos de tus parejas de baile: no, no es verdad que tu rostro se inclinaba hacia ellos lánguidamente! ¡Yo estaba loco; no vi bien! ¡Ven!... ¡Ven!... Yo te pediré perdón de hinojos por haberlo pensado. No quiero perder, ni tus ojos idolatrados, ni tus labios dulcísimos.»

CATULO MÉNDES



¡Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los corresponsales siguientes que son de cuidado ¡ojó!

Carlos Hidalgo Gailardo, Azuaga (Badajoz).—Conque gallardo... y calavera.

Luis Merino, San Rafael (Segovia).—Este señor es más largo que el acueducto.

María Llau, Vich (Barcelona).—Esta señora es continuación de José J. Paigvi, y ya ni con queso nos la da. ¡Qué corres... ponsala!

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.

Canto y declamación lírica.

Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets
ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresueño derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
y de 3 á 8 de la noche.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Separte toda clase de periódicos y revistas

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de «Ediciones España»,
Paseo de las Delicias, 60.

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística semanal.

Precio: 15 céntimos.

La mujer en el amor y en la voluptuosidad.

Segunda edición, con adiciones complementarias.

TRATA ESTE LIBRO: La belleza femenina.—Los caracteres sexuales secundarios.—La belleza del movimiento.—La concepción artística del cuerpo femenino.—El desnudo femenino.—Los encantos naturales y los encantos artificiales. Caracteres diversos de las diferentes bellezas europeas.—La virginidad y la iniciación.—La mujer en el amor.—La necesidad de amar.—La degradación del amor.—Qué ama y cómo ama la mujer.—La mujer en las relaciones sexuales.—El amor natural.—Las exaltaciones y depravaciones.—Conclusiones.

Ilustran este tomo 22 fotografías en bicolor, escrupulosamente tiradas.

Volumen de 250 páginas, en muy buen papel, elegante impresión, tamaño, 12 por 18 centímetros.

Cuatro pesetas el tomo.

Este libro se vende en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de España y América. También se enviará franco de portes y certificado, remitiendo 4'25 pesetas en cualquier forma de fácil cobro ó en sellos de franqueo de España, dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá, Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretes recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas,

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dólar.—Los pedidos, con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.